

## El XV Conde de Peñaflovida

“¿Murió? — Sólo sabemos  
que se nos fué por una senda clara  
diciéndonos: “Hacedme  
un duelo de labores y esperanzas.  
Sed buenos y no más; sed lo que he sido  
entre vosotros: alma”.

Antonio Machado.

*Pudiera parecer literatura o lo que aún es peor, retórica, el poner la glosa necrológica por la muerte del XV Conde de Peñaflovida bajo estos versos del responso lírico de Antonio Machado a la muerte de don Francisco Giner. Y, sin embargo, creemos que pueden ayudarnos mucho, salvada la intención lúrica del poema, a aliviar nuestra congoja humana y nuestro dolor social. “¿Murió?”. Sí, Joaquín Mendizábal, el Conde de Peñaflovida, ha muerto, que no podemos dudar de lo que se nos da con certeza. Se lo llevó el Señor “por una senda clara”. De esto también estamos seguros. Fué precisamente la antevíspera de Navidad, cuando los niños que él quiso siempre tan entrañablemente, preparaban los “Nacimientos” portátiles y ensayaban los villancicos con que habían de acompañarlos de puerta en puerta, al siguiente día. El mismo acababa de preparar el suyo, también, en Villa Magnolia, como un niño grande, que es lo que fué toda su vida. Después salió al jardín y allí murió, junto a un arbusto de hoja peremne, lo mismo que hubiera podido morir un pajarito. Lo mató un coche, ¡el suyo!, pero hubiera muerto igual de una ráfaga de viento frío. Fué la fatalidad. El era fatalista, mejor dicho, providencialista. Estaba escrito que moriría en su jardín, junto a un arbusto peremne, cuando los niños de Ategorrieta ensayasen villancicos para la Navidad. Acaso fueron sus coros los últimos rumores terrenos que llegaron a sus oídos. Quizá los*

acompañó él, mentalmente, cuando la lengua ya no le obedecía, tratando de corregirles la defectuosa entonación infantil, con aquel oído privilegiado que Dios le había dado, hasta que dejó de percibirlos para escuchar los coros seráficos de Angeles, en el Cielo. El Conde se nos fué así, como lo que había sido toda su vida, desde un jardín, entre arbustos y canciones de niños.

Pero nos dejó su recuerdo que no podremos olvidar porque fué cordial y entrañable como el solo. Había hecho de la amistad un culto y se entregaba a él, plena y totalmente, sin reservas de ninguna especie. Se sabía descendiente y continuador del Conde de Fundador y se creía en el deber, que cumplía gustoso por estirpe y por vocación, de ser el primer amigo, el más amigo de los amigos. Era el arquetipo de la amistad, llevada con elegante y señorial naturalidad. Es que, como le venía por la sangre, la practicaba por derecho propio.

Pero sobre este legado que quisiéramos que quedara en nuestro recuerdo igual que una antorcha que no se apagara nunca, nos dejó también su mensaje: "Hacedme un duelo de labores y esperanzas". Aún estamos oyendo sus excitaciones, dichas a veces con dureza porque era muy exigente en el cumplimiento del deber, para que termináramos de corregir unas pruebas que teníamos entre manos o cuando nos pedía explicaciones por los inevitables retrasos en la aparición del "Boletín", a los que no quería acostumbrarse. Luego bajaba el tono, porque era generoso y bueno pero en la excitación había sido apremiante y enérgico. Fueron precisamente su apremio y su energía quienes sacaron a la Sociedad Vascongada de su larga ociosidad, despertándola de un sueño de varias generaciones. El levantó la bandera del "Boletín" que ya lleva diez años de vida y más de 6.000 páginas de texto; él alentó la aparición de "Egan", para recoger las inquietudes juveniles y que hoy, ya mayor, se ha puesto al servicio del Seminario de Filología vascongada Julio de Urquijo; él promovió y cuidó, como de la niña de sus ojos, del Grupo de Ciencias Naturales "Aranzadi" y de su órgano "Munibe" que tan alta reputación ha sabido alcanzar; con su machacona tenacidad él dió paso a "Luberrí", cubriéndolo con su pabellón personal; y, en fin, él encauzó las aspiraciones de una editorial, haciendo posible la creación de la "Biblioteca Vascongada" que ha publicado más de veinte volúmenes. Esta fué su obra y muerto él, su legado, su mensaje, que no podemos descuidar porque nos vigilará desde el Cielo.

Mas obra aparie, aunque fuera labor y esperanza, aún queda

lo de "sed buenos; sed lo que he sido entre vosotros: alma". Y aquí, su vida hace vivo y henchido el verso. El nos ganó a todos por su entusiasmo, pero nos unió por su bondad. Podíamos discrepar a veces, entre nosotros, qué hombres somos en fin de cuentas. Pero ahí estaba él, nuestra alma. El entre todos y sobre todos, manteniendo en alto como una llama, su profundo amor al País. Pero como las almas no mueren, aunque el Conde se nos haya ido, ha dejado su espíritu entre nosotros. El nos seguirá alentando en los momentos de flaqueza e incluso pidiéndonos explicaciones en los desvíos o los retrasos. Quería mucho al País, para dejarlo del todo.

La Sociedad Vascongada de Amigos del País y muy especialmente el "Boletín", le quedamos en deuda permanente que nunca podremos saldar. Pasados unos días nos reuniremos todos en Azcoitia para ofrecer a su alma las honras fúnebres que le debemos como cristianos y, a su memoria, nuestro recuerdo de amigos, en doble homenaje que recogerá, a su tiempo, el "Boletín".

Por hoy sólo esta nota para dejar constancia de nuestro profundo dolor por la muerte de Peñaflorida. Y una oración a Dios, por su alma.